

Karmele y Mikel

Se habían pasado la noche bailando, bebiendo, fumando, incluso mantuvieron sexo en el baño. Mikel era de Ondarroa y Karmele de Errenteria. Su único punto de coincidencia era que habían venido con sus cuadrillas hasta Irun, simplemente para pegarse una buena farra. Las tres, las cuatro, las cinco, las seis de la madrugada, hasta que la música dejó de escucharse, la luz general les golpeó de repente en la cara y el ambiente de humo y cristales en el suelo mojado se convirtieron en los únicos testigos de todos los secretos éticos de aquella noche. Mikel recogió su jersey del suelo y se lo anudó a su cintura.

Del bolsillo de su pantalón sacó el tabaco, cogió el último cigarro que quedaba en la cajetilla y con la mano izquierda estrujó aquel envoltorio ya inservible arrojándolo al suelo. Karmele se colocó su cazadora,





se hizo con su pequeño bolso que había dejado encima de un altavoz y en un pequeño acto de coquetería se repasó los labios con una barra de color rojo mirándose en la cámara de su teléfono. Los dos ya estaban listos para irse. Allí dentro entre las vigas blancas de madera del techo, la barra y las paredes de piedra, quedaría para siempre guardado un gran recuerdo para ambos. Se dieron la mano y un último beso antes de que alguien subiera la persiana del bar Eskiña.

Cuando salieron a la calle pudieron comprobar que había mucha gente, demasiada gente. Se sentaron en la petrilla de enfrente donde Mikel liquidó su cigarrillo mientras Karmele repasaba todos los mensajes de WhatsApp que le habían mandado sus amigas. Continuaban sentados, a lo lejos comenzaron a escuchar el sonido de tambores y otros instrumentos.

Todo era muy raro, no entendían nada. Sin embargo, la música cada vez era más cercana. Se levantaron y anduvieron unos pasos por la cuesta arriba desde donde horas antes habían descendido con sus respectivas cuadrillas. Se percataron de que a ambos lados la gente esperaba el paso de algo o de alguien.

Dentro de su curiosidad Karmele preguntó a un grupo de chicas. Una de ellas sacó de su bolsillo dos pañuelos rojos que ofreció a Mikel y a Karmele, quienes se los anudaron en el cuello. Karmele susurró al oído de Mikel que lo que esperaba aquella multitud era la Arrancada, el comienzo de la fiesta y del día más importante para Irun de todo el año; aprovechó para darle un beso en el cuello dejándole marcados sus labios rojos.

De esta historia han pasado ya casi veinte años y Mikel y Karmele viven ahora en Errenteria. Desde entonces, año tras año acuden a este momento tan especial y de recuerdo mágico para ambos, acompañados por dos pequeñas niñas vestidas de cantineras.



Premio:

Segundo Premio (150€)

Autor:

Fernando García-Nieto



a

1522